

EL TRATAMIENTO ARISTOTÉLICO DE LA *DIABOLÉ* EN LA *RETÓRICA* ENTRE LA PRIMERA REFLEXIÓN SOBRE LA *RETÓRICA*

GRACIELA MARTA CHICHI

*Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales
Universidad Nacional de La Plata-CONICET, Argentina*

I

En uno de los estudios dedicados al *éthos* y al *páthos* en dos concepciones centrales en materia de retórica clásica —la de Aristóteles y la de Cicerón—, se pregunta si, junto al recurso de delinear el carácter positivo del orador (o del cliente), la noción retórica de *éthos* incluye (o no) su contraparte negativa concerniente al *éthos* del/los oponente(s)¹. El recurso retórico de la *diabolé* merece ser atendido en la cuestión, y en ese sentido rescato evidencias preliminares. En su *Apología*, Platón dice que los acusadores de Sócrates lo difamaron con la envidia y la calumnia (*phthónoi kaí diabolêi*)²; y que por ellas los Atenienses estaban desde hace mucho convencidos de las imputaciones³. Sócrates no podía más que echar mano de una prueba y disponerse con ello a disolver tan pronto como pudiera la difamación⁴. A juicio de Isócrates, el testimonio de una vida recta es lo que torna veraz el discurso del que habla⁵. Los recursos argumentativos ayudan por cierto cuando el orador tiene que tomar la palabra, pero el mostrarse honrado

¹ WISSE, J. *Ethos and Pathos: From Aristotle to Cicero*. Amsterdam: A.M. Hakkert Publisher, 1989, p. 7.

² PLATÓN. *Apología*, 18d. (PLATÓN. *Apologie de Socrate, Criton*. Texte établie et traduit par M. CROISSET. Paris: Les Belles Lettres, 1966).

³ Cf. PLATÓN. *Apología*, 19b, 20c, 23a y *diabállon pròs tous polloùs*, cf. JENOFONTE. *Recuerdos de Sócrates*, I, 2, 31. (JENOFONTE. *Obras Completas: Recuerdos de Sócrates, Banquete, Apología*. Versión directa, introducciones y notas por J. D. García Bacca. México: Bibliotheca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, 1946).

⁴ PLATÓN. *Apología*, 19b.

⁵ ISÓCRATES. *Antídosis*, 278. (ISÓCRATE. *Sur la Paix, Aréopagitique, Sur L'Échange*. Texte établie et traduit par G. MATHIEU. Paris: Les Belles Lettres, 1950).

no sólo hace más creíble el discurso sino más estimadas las acciones de quien tiene buena reputación; y esto es aquello que tendrían que procurar los sensatos más que todos los demás seres humanos⁶.

Por entonces se pensaba que convencer era cuestión de resolver dos tareas: una, dividir en partes el discurso de modo tal de plantear un comienzo, un relato de la cuestión, una prueba y un cierre. Y la segunda tarea consistía en relacionar con alguna de esas partes recetas precisas y adecuadas acerca de cómo suscitar emociones en los oyentes a determinada altura de la presentación⁷. Precisamente cuando Aristóteles introduce la voz *diabolé* en *La Retórica*, están muy presentes las señas de esa primitiva instrucción. Recuerdo el pasaje:

Pero justamente entonces [nûn mèn oûn oi] los que redactaron artes de los discursos se han esforzado por una pequeña parte suya, porque las pruebas [písteis] son lo único conforme al arte, mientras que las otras [partes] son accesorias; por un lado, [oi dè perì mèn...] no dijeron nada acerca de los entimemas, que es el cuerpo de la persuasión, y, por el otro [perì dè tòn...], trataron la mayoría de las veces cuestiones ajenas al asunto: en efecto, sospecha [diabolé], compasión, cólera y estados semejantes del alma no se ocupan del asunto [ou perì toû prágmátos] sino que atienden al juez⁸.

Si la expresión griega que traduje por “estados semejantes del alma” pudo haber sido una glosa⁹—cuando a modo de colofón se enumeran a partir de la *diabolé* cuestiones ajenas al asunto—, entonces el pronunciamiento aristotélico involucrado en la cita no habría alcanzado a las emociones en general sino sólo a algunas, que o bien resultarían en determinado respecto comparables o bien fuesen emociones de cierto tipo, como las referidas en contexto semejante¹⁰. Concedido entonces el hecho de que no habría habido pronunciamiento acerca de las emociones en conjunto en tanto “cuestiones

⁶ ISÓCRATES. *Antídotos*, 280.

⁷ Cf. SOLMSEN, F. Drei Rekonstruktionen zu antiken Rhetorik und Poetik. *Hermes*, Stuttgart, v. 67, p. 133-154, 1932. Consultado en STARK, R. (Ed.). *Rhetorika*: Schriften zur aristotelischen und hellenistischen Rhetorik. Hildesheim: Georg Olms, 1968. p. 184-205, cuya paginación cito: p. 199.

⁸ ARISTÓTELES. *Retórica*, I, 1, 1354a12-18. Mi traducción del texto griego de KASSEL, R. *Aristotelis, Ars Rhetorica*. Berlin: Walter de Gruyter, 1976.

⁹ ARISTÓTELES. *Retórica*, 1354a17.

¹⁰ En ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 19, 1419b25-27.

dirigidas al juez”, sigue siendo claro que el autor del pasaje advierte sobre su irrelevancia, porque son “de las cosas que están fuera del asunto”¹¹, que antes tildó de accesorias. A partir de esto debería quedar debilitada la duda acerca de la coherencia de la tesis aristotélica respecto de las emociones en ese escrito. El texto de mi primera cita hablaría en todo caso de algunas emociones y de la *diabolé*, por el hecho preciso de que todos esos materiales fueran equiparables de algún modo. En suma, si el pasaje describe aquello que llegó a ofrecer cierta antigua enseñanza pero también señala lo que no ofreció, de acuerdo a la visión del planteo aristotélico, es también plausible, en segundo lugar, que la expresión *sôma tês písteos*¹² —que traduce “cuerpo de la persuasión”, como es habitual— haya podido entenderse en el sentido de cuerpo de la *prueba*. La expresión griega *pístis* era, como se sabe, el nombre tradicional de esa (tercera o segunda) parte del discurso, de acuerdo a la respectiva división que los manuales primitivos del área habían enseñado a mantener. Aristóteles estaría indicando, entonces, que esa única parte es lo importante a la hora de convencer, esto es, aquello que es conforme al arte, lo cual ya por la época se identificaba bajo el nombre de entimema, otra cuestión muy conocida a esta altura de los estudios disponibles pasado el siglo XX. Por fin, la expresión metafórica de “cuerpo” referida a la prueba en retórica reaparece, cuando el autor advierte sobre la práctica usual de los remedios comunes a todos los géneros¹³. A mi entender y yendo al punto, la perspectiva de lo relevante también alcanza al capítulo sistemático que refiere cómo se dispone un discurso. En efecto, un comienzo mínimo necesario, que subraye lo fundamental en materia de estilo, es “aquél que presenta los puntos capitales de la prueba, a fin de que el cuerpo tenga cabeza”¹⁴. Justamente, la expresión que caracteriza lo irrelevante desde el comienzo del texto, y de nuevo en este pasaje del libro tercero, corresponde a la fórmula técnica habitual de los tribunales atenienses, que atestiguan los textos atribuidos a Lisias, lo cual retomaré más adelante¹⁵.

¹¹ ARISTÓTELES. *Retórica*, 1354a15-16.

¹² ARISTÓTELES. *Retórica*, 1354a15.

¹³ ARISTÓTELES. *Retórica*, 1415a25.

¹⁴ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 14, 1415b7-8.

¹⁵ Sobre la referencia a Lisias, cf. MARX, F. Aristoteles' Rhetorik. In: STARK, 1968, p. 36-123, cf. p. 115. Originalmente publicado en *Berichte über die Verhandlung der königlich-*

A decir verdad, estudios pioneros de la retórica antigua de comienzos del siglo XX ya habían apuntado al blanco de la crítica de Aristóteles al comienzo de su escrito, a partir del testimonio del *Fedro*¹⁶, que hablaba de la habilidad de Trasímaco de Calcedonia en relación a las tres materias que menciona el texto de Aristóteles¹⁷. En el pasaje platónico, Trasímaco y otros representan la retórica como arte de los discursos (*lógoi*), por lo cual son sabios al hablar, mientras que Sócrates se dice amante de las divisiones y reuniones, a fin de reivindicar la dialéctica como arte de hablar pero también de pensar¹⁸. Tampoco se olvidaron de una segunda figura, perteneciente al círculo de Isócrates de nombre Teodectes, que había enseñado a proferir epílogos que movían a la compasión y a la cólera¹⁹. Las alusiones aristotélicas a ambas emociones parecen guardar cercanía con el consejo de guardar el mismo orden al expresarlas, que surge tanto de la línea que cité antes como de las recomendaciones sobre las partes del discurso, en los últimos capítulos del escrito que conocemos. A propósito del epílogo, Aristóteles dice: “cuando están claras tanto las cualidades como las magnitudes, hay que provocar en el oyente determinadas emociones, que son: la compasión, el sobrecogimiento, la cólera, el odio, la envidia, la emulación y la riña”, cuyos lugares se habían presentado anteriormente²⁰. Ahora bien, cuando Solmsen

sächsischen Gesellschaft der Wissenschaften zu Leipzig, Philologisch-historische Classe, Leipzig, v. 52, p. 241-328, 1900. En la misma línea cf. KASSEL, 1976, p. 4, ad 1454a23 y mi planteo: CHICHI, G. El tratamiento de la relevancia en textos de la *Retórica* de Aristóteles. In: ZECCHIN, G; PEPE, L.; NÁPOLI, J. (Ed). *Actas Cuarto Coloquio Internacional Lenguaje, Discurso y Civilización*. La Plata: UNLP, 2007. p. 1-10. Cf. p. 3-6.

¹⁶ PLATÓN. *Fedro*, 267c7-d.

¹⁷ NAVARRE, O. *Essai sur la Rétorique Grecque avant Aristote*. Paris: Libraire Hachette, 1900, p. 156-157, 166, n. 2; SOLMSEN, F. The Aristotelian Tradition in Ancient Rhetoric. *American Journal of Philology*, Baltimore, v. 62, p. 35-50 y p. 169-190, 1941, que cito en la edición de STARK, 1968, p. 314; y DE VOGELIN, W. *Die Diabolé bei Lysias*. Basel: Beno Schwabe & Co, 1943, p. 23. Disponible en: <<http://books.google.es/>>. Acceso en: 05 fev. 2010.

¹⁸ PLATÓN. *Fedro*, 266b-c. Hoy día se vuelve a identificar a Trasímaco en *Retórica* 1354a16-18. Cf. RAPP, C. Aristoteles Rhetorik. Uebersetzt und erläutert von C.R. 2 t. In: FLASHAR, H. (Ed.). *Aristoteles Werke in Deutscher Übersetzung*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2002. v. 4. Cf. t. 1, p. 45; y DOW, J. A Supposed Contradiction about Emotional Arousal in Aristotle's *Rhetoric*. *Phronesis*, Assen, v. 52, p. 382-402, 2007, cf. p. 391-4.

¹⁹ SOLMSEN, 1932, p. 199 y 1941, p. 314.

²⁰ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 19, 1419b25-28.

escribió en inglés, teniendo presente quienes por entonces pudieron haber entendido que la retórica consistía en jugar con las emociones del auditorio, fue contundente al seguir la tesis de Barwick²¹. Reconociendo ya por entonces a quien había llamado la atención sobre la conexión de las partes del discurso, a propósito de entender el origen de las apelaciones emotivas en ese sistema primitivo de retórica, nuestro autor llamó la atención de sus colegas ingleses sobre los dos modos (o métodos) antiguos sobre el “arte de animar las emociones en el auditorio”²². Aristóteles no pensaba que las pasiones —o emociones, diría hoy, tal como se entiende el griego *pátthe*— estuviesen conectadas con partes específicas del discurso, y tampoco insinuaba la utilidad de apelar a ellas a determinada altura del discurso. Por lo demás, el discurso no es algo que tenga partes, sino que es un conjunto, que resulta *pistós* y efectivo debido a la combinación de tres *písteis* —llamadas *apódeixis*, *éthos* del que habla y *pátthe*²³ — que Aristóteles reconoce. “Aristóteles difiere de la práctica de los retóricos contemporáneos o antiguos por el hecho de: (a) sacar la teoría de las *pátthe* del sistema de *tà mére lógou* y establecerlas como uno de los temas primarios del sistema de retórica, y por (b) darles un tratamiento cuidadoso y analítico...”²⁴.

Pero el recurso de la *diabolé* también aparece entre las modalidades de prólogos, que habitualmente se llaman “remedios”²⁵. En efecto, la enseñanza era precisamente atender primero al orador, otras veces al oyente, en otro caso tocar o ir directamente al asunto (*prágma*) y por fin atender al contrario”²⁶. El pasaje dice:

*Y acerca del mismo (perí autoû) y del adversario (toû antidokoû) están cuantas cosas tienen que ver con la diabolé, tanto para disolverla como para provocarla, mientras que es posible proceder en ambas situaciones pero no de modo semejante (Ret. 1415a27-28, con desarrollo entre líneas 28-34)*²⁷.

²¹ BARWICK, Karl. Die Gliederung der rhetorischen tekhné und die horaziasche Epistula ad Pisones. *Hermes*, Stuttgart, v. 57, p. 1–62, 1922.

²² SOLMSEN. Aristotle and Cicero on the Orator's Playing Upon Feelings. *Classical Philology*, Chicago, v. 33, n. 4, p. 390-404, 1938, p. 390-392.

²³ Cf. ARISTÓTELES. *Retórica*, I, 2, 1356a1.

²⁴ La traducción al castellano es mía del inglés de SOLMSEN, 1938, p. 394.

²⁵ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 14, 1415a25.

²⁶ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 14, 1415a25-27.

²⁷ MARX, 1968, p. 112-113

El autor del texto critica y advierte ante el modo habitual de construir un prólogo, por el cual, en tres de las referencias apuntadas, el orador se dirige a alguien descalificado como destinatario —*pròs phaûlon gàr akroatén*, dice el griego, en otro texto— en la medida en que éste no escucha (ni es capaz de atender) lo que importa —en griego se lee seguido: *kai tà éxo toû prágmato akoiúonta*²⁸.

Ahora bien, el estudio de Marx, que apenas se recuerda hoy día, llegó a reunir y a cotejar documentos antiguos relacionados con miras identificar los cuatro modos que se leen en *Retórica* III 14 (1415a25-27). La perspectiva del contrario que figura en la presentación de los remedios coincidiría con la perspectiva del adversario, y en la oración siguiente figura bajo la expresión de lo: “acerca de (uno) mismo y el adversario”, que anuncian los elementos para armar y desarmar la *diabolé*²⁹. Entre los latinos, Cicerón³⁰ y el escrito de la *Rhetorica ad Herennium*³¹ distinguieron las fórmulas de esos distintos puntos de partida: los del *ab nostra*, *ab adversariorum*, *ab iudicum* (*auditorum*) *persona*, y *a causa* (o alternatively, el *ab rebus ipsis*). Dionisio de Halicarnaso —del primer siglo antes de nuestra era— atestiguaba que también Isócrates tuvo el *diabállein* bajo la categoría del adversario, y la acción de elogiar en la perspectiva del orador. En conexión con la sospecha y el elogio, Marx señala entonces la coincidencia con la línea del capítulo aristotélico 16 que algunas ediciones atetizan³². Allí se admite que la narración de hechos pasados es central en la oratoria política (que delibera sobre lo futuro), sea que su recuerdo hubiese apuntado a construir una sospecha, sea que con ello alguien hubiese querido expresar un elogio³³.

Dando por cierto entonces que *Retórica* III 14 no desarrolla los modos relacionados con el oyente y los que corresponden al asunto, Marx entiende que ambas perspectivas habían sido al comienzo del escrito consideradas: a esa altura *La Retórica* ya contemplaba al oyente y al juez, por un lado, donde también consta la referencia a lo ajeno al asunto (y lo que

²⁸ Cf. ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 14, 1415b5-6. MARX, 1968, p. 115.

²⁹ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 14, 1415a27.

³⁰ CICERÓN. *De Inventione*, I, 16, 22.

³¹ *Rhetorica ad Herennium*, I, 4,8.

³² ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 1417b15.

³³ ARISTÓTELES. *Retórica*, 1417b13-15.

es “accesorio”) y a la escasa contribución de los escritos precedentes³⁴. Y, por otro lado, el modo que parte del orador, bajo las expresiones: “el que habla” o “del mismo”, consiste en mostrarse honesto (*tò dokeîn epieikês tòn légonta eînai*), tal como Isócrates propuso, que también refería el recurso de llamar la atención del auditorio. En la apertura de la presente sección adelanté que la expresión *éxo toû prágmatos* (que señala lo irrelevante) correspondía a la fórmula procesal del Areópago ateniense. El comentario anónimo contiene por fin la comparación del prólogo (o proemio) con la cabeza de un hombre³⁵.

II

Los resultados directos del cotejo de las apreciaciones eruditas del estudio de F. Marx destacan, a mi entender, el enfoque doble que tiene en suma la *diabolé* en el tratamiento aristotélico, a saber: el primero muestra un recurso que está a la par de la compasión y de la cólera, al comienzo del escrito, cuando integra una lista de expedientes de la enseñanza precursora en la materia que el filósofo examina. Todos esos materiales dejarían siempre identificarse desde la perspectiva del/los oyente/s. Y el juez identifica la figura colegiada de los tribunales populares que, como se sabe, corporizan el auditorio al que está dirigido el discurso, esto es, a quienes en definitiva se pretende influir y convencer. En tal caso se dice: “no se debe torcer al juez moviéndolo a la ira, al odio o a la compasión, porque sería semejante a que si alguien torciera la regla de la que va a servirse”³⁶. De nuevo, el filósofo señala que esa enseñanza “definió en qué consiste un prólogo, qué debe tener la narración y cada una de las otras partes, y que no se ocuparon de ninguna otra cosa más que de hacer que el oyente se encuentre de un algún modo” (*tòn kritên poiôn tina poiésosin*)³⁷. Ahora bien, la segunda perspectiva que se le reconoce al recurso que sigo se encuentra en *Retórica* III 14: la *diabolé* identifica directamente uno de los cuatro modos habituales de abrir

³⁴ MARX, 1968, p. 113-114.

³⁵ En relación a Isócrates, cf. MARX, 1900, p. 115-116. Marx postuló que un redactor interfirió de hecho en el hilo del texto que conocemos, y a la altura del libro III defendió la influencia y la crítica –del autor de la *Retórica*– a la tradición isocrática.

³⁶ ARISTÓTELES. *Retórica*, I, 1, 1354a24-26.

³⁷ ARISTÓTELES. *Retórica*, I, 1, 1354b17-20.

un discurso: en particular aquél que se dirige a la figura del adversario de un orador que hubiese tomado la palabra. Precisamente, ese otro orador o adversario es el interlocutor del discurso de éste, pero no las figuras del primer enfoque. Por lo demás, y a la hora de pensar lo dicho en relación con cuestiones relacionadas con la factura del texto, quedaría bien documentado, a mi entender, el siguiente corolario, a saber: que Aristóteles pudo haber reubicado y redefinido (viejos) ejes de análisis al interior de la propia reflexión, a partir de tener que considerar fórmulas y referencias en curso en su época, que el texto que conocemos atestigua, tal como propuso Marx. Sin ir muy lejos, la categoría de *prágma*, entre los cuatro modos de construir prólogos³⁸, habría pasado a nombrar lo relevante en su propio proyecto, cuya *via regia* se valdría de entimemas o argumentos, tal como dijo al comienzo. Y al respecto, su autor pretendió haber asumido un hecho compartido, a saber: “que reconocemos que estamos convencidos de algo sobre todo, cuando creemos haber probado la cuestión”³⁹. Resumiendo, Aristóteles decidió no asociar las emociones a determinada parte o etapa del discurso, desde el momento en que aquellas son fuentes genuinas de persuasión, cada vez que el orador fuese capaz de precisar causas de las emociones ligadas a aspectos de la cuestión de la que se habla⁴⁰. Asimismo subrayo que el uso

³⁸ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 14, 1415a25-27.

³⁹ ARISTÓTELES. *Retórica*, I, 1, 1355a5-6.

⁴⁰ El artículo de DOW (2007) que reviso trae literatura de los años setenta en adelante, tal como enseña la nota 1, entre el viejo comentario de M. COPE (de la nota 13). Sobre la cuestión acerca de cuál habría sido la apreciación aristotélica respecto del papel de las emociones, Dow aboga por la idea de que la alusión de *Retórica* I 1 (sobre el primer pasaje de mi trabajo) no comprometería la coherencia del planteo aristotélico respecto de las pruebas emocionales y/o de las premisas emocionales, cf. 2007, p. 387. Esta posición se desarrolla en la tesis doctoral de DOW. *The Role of Emotion Arousal in Aristotle's Rhetoric*. University of Saint Andrew, 2008. Disponible en: <<http://hdl.handle.net/10023/501>>. Acceso en: 12 ago. 2009. Entre los estudiosos referentes de Dow figuran J. Barnes y W. Fortenbaugh (cf. DOW, 2008, p. 137 y n. 136), y también, W. Grimaldi (cf. 2007, p. 385, n. 5), entre quienes a fines de siglo XX sentaron posición sobre el rehabilitado tema de las emociones. Ahora bien, en todos esos autores juega un papel importante la idea de que las inconsistencias hablarían en contra de la unidad del tratado aristotélico, por lo cual cabría pensar en explicaciones en términos de redactores o de suponer distintos períodos en el escrito que conocemos, lo cual encerró la hipótesis evolutivista en *La Retórica*, que F. Solmsen había presentado a fines de los años veinte del siglo pasado. En segundo lugar, a juicio de Dow, Aristóteles estaba recordando y criticando la instrucción de Trasímaco (DOW, 2007, p. 391-394), toda vez que sus recetas sobre cómo acusar, sobre cómo apelar a la piedad o a la cólera, pretendían ganar el favor de sus oyentes, en

de la voz *prágma* en el tratado de *La Retórica* exhibe una categoría ubicua, que a mi entender excede la noción actual de relevancia tópica o temática (en los estudios de teoría de la argumentación), en la medida en que el intérprete tiene que notar que la perspectiva de lo pertinente atraviesa aun el tratamiento aristotélico de la *léxis*⁴¹. A todo esto, recuerdo que Aristóteles distingue dos capítulos sistemáticos en su reflexión, a saber: el que ofrece los materiales de la *diánoia* (de los libros primero y segundo) que abastecen qué decir (esto es, los distintos tipos de pruebas y cómo reaccionar en cada caso), y el segundo que procura los recursos de la *léxis* en el libro tercero, que por su parte enseñan a decir el discurso tal como es preciso, a fin de que se muestre convincente o “de tal condición”⁴².

La recepción aristotélica de la *diabolé* exhibe, por lo tanto, dos rasgos, a saber: (a) se trata de un recurso que abre una instancia dialogada del tipo específico de una confrontación, en un contexto particular. Y el segundo punto que identifiqué tiene que ver con explicar lo anterior, en la medida que (b) puede ponerse en juego solamente a determinada altura del proceso de persuasión. Justamente, la perspectiva del adversario es una de las señales textuales del rasgo (a), y se recordará que así se refiere la perspectiva del eventual interlocutor en el tercer libro, al que apunta el blanco de la *diabolé*. La propia idea de un adversario asociada a una de esas presentaciones admite de suyo que eventuales papeles de defensa o de ataque, característicos de un diálogo del tipo del enfrentamiento o de la polémica, que generaría la *diabolé*, identificarían las correspondientes ocasio-

lugar de atender a los hechos actuales del caso sobre el que hubiese tocado debatir (cf. DOW, 2007, p. 390, 398). *Por diabolé debería entenderse entonces la actividad de calumniar o de acusar maliciosamente a alguien, antes que la idea de levantar “prejuicio”* (DOW, 2007 p. 388 y n. 13, traducción y destacado míos). La referencia de mi primera cita de la *Retórica* I 1 a la piedad y a la cólera también pretendía asociar antiguas técnicas para despertar emociones (“rhetorical technical for the arousal of emotions”, DOW, 2007, p. 390); mientras que el uso antiguo de la *diabolé* al comienzo del discurso, esto es, en los proemios tanto como al final en los epílogos se desentendía de cualquier compromiso de querer atender a los hechos del caso (DOW, 2007, p. 388, 398). Finalmente, la tesis doctoral de DOW se ocupa de la posición aristotélica sobre las emociones, también cuando se mide con los últimos trabajos de W. Fortenbaugh.

⁴¹ Cf. CHICHI, 2007 y _____. El modo adecuado de decir y la relevancia estilística (Aristóteles, *Retórica* III, 7). In: DURÁN, C.; HEBRARD, A. (Ed.). *Actas de las VI Jornadas de Investigación en Filosofía para profesores, graduados y alumnos*. La Plata: Al Margen, 2008. v. 1, p. 55-64, en particular p. 61.

⁴² Cf. ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 1, 1403b13-17 y II, 26, 1403a34-b2.

nes de uso en torno a movidas o intervenciones posibles acerca de cuándo disipar o, contrariamente, cuándo levantar sospechas sobre alguien, que en la situación jugaría la figura de la parte contraria o el papel de un rival en el encuentro, en el marco de alguno de los tres contextos de práctica oratoria que Aristóteles reconoce. Me refiero a los tres géneros de la práctica asociados a los respectivos instrumentos o recursos de su tratamiento. Respecto del rasgo (b), o bien cabría pensar que hay usos de la *diabolé* que valen al comienzo y al final del discurso respectivamente⁴³, habiendo supuesto que su autor hubiese querido aquí distanciarse de la costumbre de manejar la sospecha en los exordios exclusivamente⁴⁴, tal como había enseñado el viejo Trasímaco de Calcedonia. Pero, si no hubiese sido ese el caso, deberíamos pensar que las consideraciones (del capítulo 14 de *Retórica* III) describen enfoques ajenos al propio aristotélico, tal como propuso la hipótesis de un presunto redactor⁴⁵.

Ahora bien, debido al hecho de que la *diabolé* figura ciertamente entre los remedios habituales a los prólogos⁴⁶, nuestro autor sostuvo a esa altura que quien se hubiese servido de ellos en tres casos precisos no habría querido más que desviar la atención del asunto que fuese objeto de prueba, en cuyo caso habría tenido presente y querido influir sobre un auditorio que no hubiese podido seguir lo relevante. Aristóteles habla en este caso de quien es *phaílos*, atendiendo a cierto uso técnico, creo yo, antes que habiendo querido hacer valer alguna categoría socio-histórica. Por lo que entiendo, se trata de interpretar una categoría, que Aristóteles reserva para cuestiones de moral, y por eso descalifica también en este terreno de la retórica a quien obra mal. El *phaílos* es, en suma, la configuración de sí de todo aquel orador o participante del discurso que realizare una acción incorrecta, y se lo define así por su elección contraria a la moral, según un texto muy interesante de dialéctica aristotélica: *katà proaíresin légontai*⁴⁷, antes o en lugar de tener en

⁴³ ARISTÓTELES. *Retórica*, 1415a30-35.

⁴⁴ ARISTÓTELES. *Retórica*, 14, 1415b17-25.

⁴⁵ Sobre la primera alternativa, cf. NAVARRE, 1900, p. 156-157 y 166. Hoy día se dice que Aristóteles reconoce el uso de la *diabolé* en el proemio y en los epílogos (DOW, 2007, p. 388). La hipótesis del redactor es de MARX, 1968, p. 112-15.

⁴⁶ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 14, 1415a26-39.

⁴⁷ ARISTÓTELES. *Tópicos*, V, 5, 126a36.

cuenta la mera capacidad del participante. Prueba de esto es que, dice el texto, si se pretendiera definir al sofista, al calumniador (*diábolos*) o al ladrón en atención a su capacidad (*dýnamis*), podría replicarse que la divinidad y el honrado podrían hacer cosas *phaulá*⁴⁸. A partir del lugar dialéctico que cité en la anterior nota a pie, podría aducirse entonces que las acciones tipifican y son indicios del carácter correspondiente. Y, en todo caso, la diferencia va a dejar sentadas las correspondientes distancias a la hora de hablar, por un lado, de ladrones, de calumniadores y de quien pretende pasar por alguien que sabe, en ocasión de dialogar con otros al menos, y, por el otro, cuando se trata de dioses y de hombres honestos. Por lo tanto, todos por igual pueden actuar en uno u otro sentido, de modo tal que “la capacidad no será el género de ninguna cosa reprobable”⁴⁹ —o no todo lo posible es reprobable—. Ahora bien, actuar conforme a una elección, que consume lo bueno en determinada ocasión en situación de actuar, marcaría la diferencia entre unos y otros, porque lo elegible y bueno no es el género de lo posible —o no todo de lo que se puede/es posible es elegible o bueno—. Volviendo entonces al punto, el auditorio que el texto considera “malo” corporizaría cualquier *actitud hostil* propia de quienes pudiesen oponer resistencia a la tarea de quien habla, o del auditorio en el que operen facciones. Ahora bien, frente a un auditorio, que pudiera estar ya comprometido con uno de los dos interlocutores de una polémica, la reflexión aristotélica tendría que ofrecer(nos) salidas o recursos por el hecho de haber tomado en serio el punto de vista de la persuasión pertinente, que por lo demás sería la que retiene la referencia al *prágma*, también entre el conjunto de los remedios en *Retórica* III 14, a diferencia de las otras tres perspectivas que destaqué con Marx en la sección anterior. Por lo tanto, quien estuviera presto a hablar ante un auditorio comprometido con la parte del adversario en el marco de la polémica podría, no obstante, obtener algo fructífero en alguna instancia

⁴⁸ ARISTÓTELES, *Tópicos*, V, 5, 126a30-b. Por eso dice también que el *phaúlos* está en el *éthos*, cf. ARISTÓTELES. *Ética a Nicómaco*, 1121, entre otros pasajes. De ellos trata en particular la comedia según la definición de *Poética*, 2. Y su contrario es la conducta noble (*spoudaíos, epieikés*); cf. BONITZ, H. Index Aristotelicus. In: BEKKER, I. (Ed.). *Aristotelis Opera*. Berlin: W. De Gruyter et Socios, 1961. v. 5, p. 813. Cito las ediciones de ROSS, W. D. *Aristoteles, Topica et Sophistici Elenchi*. Oxford: O. C. T., 1958; y BYWATER, L. *Aristotelis, Ethica Nicomachea*. Oxford: O. C. T., 1894.

⁴⁹ Cf. ARISTÓTELES. *Tópicos*, 126b1-2.

de la mera confrontación con quienes así suelen conducirse en el proceso de persuasión. Supuesta, en cambio, la calidad cooperativa del auditorio, nuestro escrito admite que sería suficiente presentar en vista de qué se habla y entrar directamente a la prueba que es el “cuerpo de persuasión”: si aquello (o lo que se defiende) fuese conocido, ni siquiera se necesitaría mayor aviso o antesala⁵⁰.

La siguiente evidencia se abre con el encabezado “acerca de *diabolé*”⁵¹, que introduce expedientes especiales. Los “lugares de la *diabolé*” se tienen por *tópoi* de carácter no-argumentativos, porque ellos no pondrían en juego premisas, de los cuales se pueda inferir determinada conclusión⁵². Respecto de la función argumentativa, que cumple un conjunto representativo de lugares me interesa puntualizar lo siguiente: el proceso de dar con una argumentación, tanto en la retórica como en la dialéctica, tiene lugar en la mente de quien argumenta como un *movimiento hacia atrás*: aquél que va desde la tesis a defender a la búsqueda de los datos que correspondan, tal como es típico en otras situaciones, también cuando se delibera antes de decidir. Tanto el orador como el dialéctico saben entonces de antemano aquello que intentarán defender, de modo tal que, por esa situación, ellos tienen que preguntarse luego cómo y con qué datos apoyar la posición elegida, que haría las veces de la conclusión en el proceso concreto de la discusión. Ahora bien, el hecho de que el orador o dialéctico no hubiese logrado lo propuesto ante su interlocutor en determinada circunstancia no haría mella en la valoración profesional que merezca su tarea. Cuestiones concretas de éxito tienen que ver con factores ajenos a la propia técnica, y como tales no deberían confundirse con las cuestiones de método: el fin, dice Aristóteles en ambos campos, es distinto del cumplimiento de la acción en cuestión, de modo tal que lo profesional no se valora en términos de eficacia o de éxito⁵³. Añado una última referencia histórica en la interpretación de

⁵⁰ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 14, 1415a22-24.

⁵¹ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 15, 1416a15.

⁵² Cf. RAPP, 2002, p. 298. Una versión ágil, dentro de la aridez del tema, ofrece RAPP, C. Aristotle's Rhetoric. In: ZALTA, E. N. (Ed.). *The Stanford Encyclopedia of Philosophy*. First published Thu May 2, 2002. Substantive revision Mon Feb 1, 2010. Disponible em: <<http://plato.stanford.edu/entries/aristotle-rhetoric/#Rel.>>. Acesso em: 20 fev. 2010.

⁵³ Cf. ARISTÓTELES. *Tópicos*, I 3, 101b5-1. La última versión del escrito de Rapp que conozco sobre la retórica aristotélica concede el punto que acabo de destacar; cf. RAPP,

los lugares dialécticos. Otto Bird, un estudioso de la lógica medieval, fue el primero en haber esclarecido el funcionamiento de la “lógica” especial de los recursos conocidos como *consequentiae*, y en aducir la tesis de que los lugares cumplen el papel de la inferencia o el de una garantía en determinado esquema representativo. Gracias al aporte de un medievalista, los lectores angloparlantes de entonces estuvieron en (buenas) condiciones para justipreciar la tesis –hoy día muy reconocida– de Stephen Toulmin, que no había sido bien recibida en su más estrecho círculo de colegas⁵⁴. Esta lectura sostiene entonces que la función lógica del tipo de lugares (argumentativos) despeja un movimiento selectivo que apunta hacia atrás, tal como Kapp había dicho, por el cual, debido a la respectiva inferencia, que expresara el lugar en cuestión en tanto enunciado general –fuera del hecho de que reconozca o no excepciones– quedan unidos ciertos datos apropiados con aquella tesis, la cual por su lado hiciera las veces de conclusión del argumento, tanto en retórica como en dialéctica. Volviendo ahora al material reunido en el texto de los lugares de la *diabolé*⁵⁵, se ha dicho al respecto que esos expedientes no le servirían a alguien que pretendiese liberarse de una situación incómoda por una sospecha injustificada, sino que sólo ayudarían a quien hubiese querido diseminarla⁵⁶. Sin embargo, parece claro que los lugares de la *diabolé* aportan materiales que auxilian al papel de la reacción, esto es, de la defensa, tal como podría haber asumido el Sócrates platónico. Algunas salidas en particular buscan por cierto enfrentar (*hapantân*) la situación de sospecha⁵⁷. La colección nombra primero un modo general

2010, secciones 6.3 y 7.4. Con todo, esta cuestión fue un valioso aporte de dos trabajos de KAPP, Ernst. *Syllogistik. Paulys Wissosa, R.E.C.A.*, v. IV A 1, 1931, columnas 1046-1067, y _____. *Greek Foundation of Traditional Logic*. New York: Columbia University Press, 1942. cap. 1 y 4. Kapp fue también quien esclareció lo típico del enfrentamiento dialéctico, con miras a salvar la fundación griega de la lógica de eventuales objeciones psicologistas provenientes del planteo tradicional moderno.

⁵⁴ Cf. BIRD, O. The rediscovery of The Topics: Prof. Toulmin's Inference warrant. *Proceedings of American Catholic Philosophical Associations*, Houston, v. 34, p. 200- 205, 1960; y *Mind*, London, v. 70, p. 534-539, 1961. Acerca de la decepción que provocó su trabajo, cf. TOULMIN, S. Die Verleumdung der Rhetorik. *Neue Hefte für Philosophie*, Goettingen, v. 26, p. 55-68, 1986, en particular p. 56.

⁵⁵ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 15.

⁵⁶ RAPP, 2002, v. 2, p. 967.

⁵⁷ A partir de las indicaciones numéricas del margen derecho de la edición de Kassel debo corregir mi lectura anterior: no son catorce los lugares de la *diabolé* de *Retórica* III 15,

de resolver la opinión que pudiese pesar sobre alguien (1), y seguidamente figuran distintas reacciones en el papel de pretender desmentir puntual y sucesivamente aspectos pertinentes de la prueba en determinado contexto de oratoria (2). Hasta se aconseja aceptar el cargo de eventual difamación pero mostrando atenuantes, hoy se diría, sin ir muy lejos por el recurso de aducir que se trate de algo ajeno a la decisión humana (3). En esta tercera etapa se reconocen momentos de la prueba asociados a la doctrina de la *stásis*, que se atribuye a Hermágoras de Temnos (a mediados del siglo II antes de nuestra era)⁵⁸. Precisamente, las recepciones griegas y romanas tardías de esa doctrina hablaron de la operación de la *inventio*⁵⁹. El primer lugar de la lista habla de la *diabolé* como suposición manipulable (*hypólepsis dyscherés*), que no necesariamente sería verbal. Pienso en la situación en la cual pudiera fundarse en los gestos o acciones del sospechado aquello que pudiese inducir a formar determinada opinión sobre alguien. A todo esto, los usos de la voz griega en cuestión describen en todo caso una suposición que no encierra verdad, sino antes bien una creencia que está sujeta a error y que la mayoría no comparte⁶⁰. Entre los restantes lugares de la *diabolé* están, por cierto, aquellos cuatro que devuelven al otro la misma sospecha recibida (4-7), el que recuerda que ya hubo juicio (8), el que genera una acusación (9), pasando por la situación de considerar indicios en terceros

como propuse; cf. CHICHI, G. M.; SCHAMUN, M. C. El uso de la acusación retórica (*diabolé*) en el discurso agonal de *Electra* de Eurípides. En: GRANATO, L.; MÓCCERO, M. L.; PIATTI, G. (Ed.). *Diálogo y Diálogos*: Actas del IV Coloquio Argentino de la IADA (Internacional Association for Dialogue Analysis). La Plata: UNLP, 2009. p. 514-525, en particular, cf. p. 518. Disponible em: <<http://www.datafilehost.com/download-cd7d34fb.html>>. Acceso em: 20 fev. 2010. Coincido por fin con RAPP (2002, p. 967) en que son doce lugares en total.

⁵⁸ Fue dicho por NAVARRE, 1900, p. 262-263 y 269. El segundo y tercer lugar provienen de Hermágoras y reflejarían el procedimiento de las cortes atenienses desde Dracón; cf. NAVARRE, 1900, p. 265-271.

⁵⁹ Cf. BRAET, A. The Classical Doctrine of «status» and the Rhetorical Theory of Argumentation. *Philosophy and Rhetoric*, Baltimore, v. 20, n. 2, p. 79-83, 1987; cf. p. 79-80. Sobre la versión de Quintiliano de la doctrina del *status* de Hermágoras, que Braet transcribe sobre los cuatro modos del defensor, véase 1987, p. 82-83, y _____. On the Origin of Normative Argumentation Theory: The Paradoxical Case of the Rhetoric to Alexander. *Argumentation*, Dordrecht, v. 10, p. 347-359, 1996. El caso de la p. 354 de Braet guarda paralelo con el segundo lugar especial aristotélico.

⁶⁰ Mi posición sobre la nota 322 de RACIONERO, Q. *Aristóteles, Retórica*. Madrid: Gredos, 1990, p. 567-568.

(10). Y entre lo propio del arte figura, por fin, el consejo de dar vuelta las valoraciones (11) y el de cambiarles su significado (12). Aplazo hasta nueva ocasión la tarea de avanzar en descripciones.

Paso a una sección de la *Retórica*, de factura presuntamente independiente, que precisa que hombres y *prágmata* son, ambos por igual, blancos de la *diabolé*, cuya solución consiste, siempre y en resumidas cuentas, en decir lo que parece extraño (*parádoxon*)⁶¹. Un comentador antiguo latino lo denomina lugar para desatar (en griego, *hýsin*) la causa de la sospecha; mientras que su glosa, que ya opone *res* a *personae*, entiende que lo extraño sería resultado de haber interpretado acciones o circunstancias. Por su lado, el texto aristotélico menciona el caso de pensar mal de una madre que hubiese caído accidentalmente encima de su hijo, tras haber querido abrazarlo. Y el otro ejemplo, familiar por una tragedia de Teodectes, dice que Odiseo explica por qué Áyax parece más valiente que él, aunque no lo fuese realmente. En tales casos corresponde disipar la sospecha: que el involucrado hable o diga lo que sucede o aclare cómo fue la situación, a fin de desmentir (o disolver) lo que terceros de hecho pudiesen haber creído ante la circunstancia que ilustran sendos ejemplos. Hasta donde sé, *La Retórica a Alejandro*, por su parte, aporta algo equiparable a las referencias del lugar de *Retórica* II 23 que acabo de referir, aunque cabe advertir que la clasificación es más complicada⁶². En efecto, el tratamiento de la *diabolé* en *La Retórica a Alejandro*, cap. 29⁶³, distingue primero la perspectiva *del hombre* que así refiere al orador, y que despliega exámenes subsiguientes, a saber: (i) si la *diabolé* pertenece al pasado o es actual, –y en tal caso, (ii) si la sospecha recae en el orador por el hecho de ser joven o viejo– o si no, observar (iii) de qué naturaleza es el cargo –si fuera una cuestión de carácter político o no, entre otras consideraciones al respecto– a las que siguen eventuales reacciones que en cada caso puedan anular o disipar la duda. La segunda perspectiva *corresponde a la del prágma*, bajo lo cual en el escrito se entiende

⁶¹ ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 23, 1400a23-29.

⁶² RACKHAM, H. *Aristotle, Rhetorica ad Alexandrum*. With An English Translation by H. Rackham. London: William Heinemann; Cambridge: Harvard University Press, 1957. Y la edición en castellano: LÓPEZ CRUCES, J. L.; CAMPOS DAROCA, J.; MÁRQUEZ GUERRERO, M. A. (Trad.). *Alcidamante de Elea, Testimonios y fragmentos, Anaxímenes de Lampsaco, Retórica a Alejandro*. Madrid: Gredos, 2005.

⁶³ ARISTÓTELES. *La Retórica a Alejandro*, 1437b33-1438a2.

el objeto de los dos tipos de oratoria. Los usos de la voz griega *prágma* refieren, como vimos en el texto aristotélico, lo que se defiende, lo que se aconseja o aquello de lo que se disuade: en suma, las medidas que tienen que ver con materias políticas (por caso, aconsejar una paz vergonzosa), o aquellas que involucran a terceros, asuntos de la comunidad (determinada medida sobre los festivales, entre otros ejemplos). Junto a esas dos perspectivas, que encontramos en la recepción aristotélica (de *Retórica* II 23 y en los primeros lugares de *Retórica* III 15), *La Retórica a Alejandro* suma una *tercera perspectiva: la del lógos*. Esta se abre por su parte conforme a despejar tres análisis, a saber: (i) si su materia es amplia, (ii) si es no convincente, y (iii) si corresponde a un hecho pasado. En la sección dedicada a materias propias de un proceso legal⁶⁴, la *diabolé* tiene que ver con imputar acciones realizadas por la fuerza, por ejemplo la sospecha de robo, entre otros. En la perspectiva del hombre —esto es, el orador— se trata de ver si la acción compromete a extraños o a amigos, y a cuestiones reprobables o no, entre otros. *La Retórica a Alejandro* ofrece, en suma, una variedad de ángulos sobre las causas de la sospecha, que pueden estar presentes en situaciones relevantes dentro de la especie política y de la judicial.

Ahora bien, entre las voces inglesas más influyentes en el campo, Carey sostuvo que la *diabolé* descubre la eficacia del dominio sobre los efectos emocionales del discurso, y en ese punto la reflexión retórica del siglo IV, a juicio del autor, quedó rezagada a la vista de la riqueza que atestiguan los oradores tanto en cuestiones de fondo como de método⁶⁵. Con

⁶⁴ ARISTÓTELES. *La Retórica a Alejandro*, 36.

⁶⁵ “The contexts for Greek oratory are explicitly or implicitly triangular; two speakers (sometimes more) or groups are competing for the favorable judgment of an audience. It had been recognized long before Aristotle that audience goodwill was vital for the task of persuasion. But in a competitive context this almost inevitably has a negative counterpart, the creation of an emotional distance between the audience and one’s opponent.” CAREY, C. *The Rhetoric Of Diabole, The interface between philosophy and rhetoric in classical Athens*. International Conference organized by the University of Crete., 29-31 Oct 2004, Rethymno, Greece. Disponible en: <<http://www.eprints.ucl.ac.uk/3281/>>. Acceso en: 03 feb. 2010. La cita es de la p. 1, mientras que la p. 12 insiste. Antes, el autor rastreó contextos de uso de la *diabolé* en la oratoria deliberativo-política de Tucídides; cf. CAREY, C. *Rhetorical Means of Persuasion*. In: WORTHINGTON, I. (Ed.). *Persuasion: Greek Rhetoric in Action*. London: Routledge, 1994. p. 26-45, en particular p. 34. Y adujo que el contexto antagónico por antonomasia sería el de los contrincantes en la corte (p. 29). Por entonces se relevó la ubicuidad del recurso de las acusaciones personales en tres oradores centrales del canon clásico, a diferencia

todo, no puede ignorar los lineamientos expresos de la teoría, aún cuando quedara por dirimir la cuestión acerca de la mutua relación entre el escrito aristotélico y la *Retórica a Alejandro*. A juzgar por la voz más autorizada, *La Retórica a Alejandro* pudo haber sido el más antiguo, y el heredero de la antigua tradición sofística, cuyas figuras identifiqué en la primera sección del trabajo⁶⁶. Carey reconoce entonces la noción retórica de relevancia, propia de los dos tratados clásicos, cuando revisa en detalle finas argumentaciones de los oradores, y cuando repara en la línea de quienes investigaron la máxima de “mantener el punto de la cuestión” en la historia de los testimonios sobre el proceso griego antiguo⁶⁷. No obstante, aduce que el uso de la *diabolé* gana espacio ante la falta de noción de evidencia legal y la frecuencia del argumento de probabilidades. Por su lado, el autor considera que los lugares aristotélicos de la *diabolé*⁶⁸ recorren instancias de procedimientos de la prueba de un cargo legal en el contexto correspondiente. El estudio de Navarre ya lo había reconocido, en consonancia con situaciones que describen los textos de *La Retórica a Alejandro* (tal como indiqué en una nota anterior). También están las salidas que hoy podrían calificarse de *ad hominem* consistentes, como dije, en devolver la sospecha a la persona que primero la levantó, con el propósito de desconfiar y desacreditar la palabra del otro. La lectura de Carey deja reconocer planteos del manual de *Retórica* de Richard Whately (1787-1863), que apoyan la tesis —hoy día concedida en el campo del debate contemporáneo sobre la argumentación— de que es

de la rigidez de los dos planteos teóricos del siglo cuarto, a saber, el de la recepción aristotélica y el de *La Retórica a Alejandro*, sin dejar de reconocer en estos textos que la técnica del prejuicio en contra del oponente traería a colación materiales irrelevantes al punto en cuestión (cf. CAREY, 1994, p. 31). Estos viejos estudios de Carey tuvieron su réplica en trabajos vernáculos: véase la selección de ejemplos sobre el uso de *diabolé* en tragedia reunidos por GASTALDI, V. Tragedia oratoria y oralidad: Fórmulas retóricas en un proceso judicial (Esquilo, *Euménides*). *Synthesis*, La Plata, v. 10, p. 77-90, 2003; y en: _____. El *Lógos* trágico y la funcionalidad de la retórica. *Calíope*, Rio de Janeiro, v. 12, p. 72-83, 2004.

⁶⁶ Los límites del escrito están entre los años 341 y el 300 antes de nuestra era; mientras que los del texto aristotélico, salvando sus etapas de redacción, se mueven entre los años 360 y 341 debido a los acontecimientos que nombra. Sin embargo, cabe pensar en una misma tradición que pudiese haber influido en sendos escritos de modo independiente (BRAET, 1996, notas 2 y 3, y la 4 para el último punto).

⁶⁷ CAREY, 2004, p. 5.

⁶⁸ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 15.

el uso del discurso el que se cataloga o califica como legítimo o ilegítimo, falaz o tramposo, y no el discurso en abstracto.

En segundo lugar, los estudios de Carey dejan en claro la relación entre la *diabolé* y la *eúnoia*. El escrito de *La Retórica a Alejandro* ya la había mostrado, y con ello en qué medida la *diabolé* apela a los efectos extra-discursivos de la persuasión, ligados al auditorio y a aspectos negativos —emocionales— que éste tuviera sobre los interlocutores del discurso, a juicio de Carey. Al respecto digo entonces que, cuando el autor antiguo se ocupa de cómo se disponen los discursos públicos y los legales, y en particular de los fines del *prooímion* en esos contextos⁶⁹, el orador debe asegurarse que los oyentes se encuentren en buena disposición para escucharlo (*eumeneía*). Y entre las situaciones contrarias u obstáculos a esa buena disposición, el texto reconoce la situación de un auditorio que albergue sospechas acerca de la persona del orador, la de que reprobare los hechos o medidas por las que el orador podría abogar, y por fin el caso de que se desestimase el propio discurso (*lógos*). Cuando Aristóteles, por su parte, enumera los turnos de quienes mantienen una rivalidad, prevalece la idea de que habría que contestar a las objeciones y luego contra-argumentar teniendo presente la posición del interlocutor. “En efecto, como el alma no admite al hombre sospechoso, del mismo modo tampoco su discurso, sobre todo si el contrario ha tenido buena aceptación”⁷⁰. Con todo, la *eúnoia* que Aristóteles tuvo presente⁷¹ es un atributo del orador y por añadidura de su elocución. La idea sería que el discurso de alguien es creíble o confiable para quienes lo escuchan, si y sólo si el orador no sólo fuese capaz de reconocer sino también de decir lo mejor para su auditorio, asumiendo con ello que se trata de formular un consejo. Esto es, si el orador lograra mantener una mínima conexión emotiva favorable con el auditorio, su opinión sería creíble e influyente en ese auditorio⁷². Pero los detalles de esta cuestión merecen tratamiento aparte⁷³.

⁶⁹ ARISTÓTELES. *La Retórica a Alejandro*, 29.

⁷⁰ ARISTÓTELES. *Retórica*, III, 17, 1418b13-17.

⁷¹ En ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 1, 1378a6-20.

⁷² ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 1378a16-17.

⁷³ CHICHI, G. Acerca de por qué el discurso (de alguien) es creíble: aproximación a la noción retórica de *eúnoia*. *Actas de las VIII Jornadas de Investigación en Filosofía para Profesores, Graduados y Alumnos*, UNLP, La Plata, abril 2011. Disponible en: <<http://jornadasfilo.fahce.unlp.edu.ar/actas-2011/entre-la-filosofia-y-la-literatura-emociones-en-la>

III

Sobre la base de las consideraciones precedentes, identifico (c) un tercer rasgo del recurso que sigo. Un comentador latino adujo que la *diabolé* no sería una emoción, sin embargo, importa ponerla en la emoción⁷⁴. La palabra que separa, que siembra discordia o que divide, sabe de componentes emotivos, en la medida en que estos pudiesen ponerse en juego. Y es claro que Aristóteles menciona la *diabolé* entre las emociones que hoy se llaman “negativas” en los especiales círculos que hoy las rehabilitan. En efecto, tanto el tratamiento neoaristotélico como el enfoque de los estudios actuales de género reivindican y avanzan por igual en el estudio de las emociones en la línea cognitivista. El enfoque de género en el debate de la ética propone legitimar las emociones así llamadas “prohibidas” tales como el enojo, la rabia, la amargura, entre otras, cuyos análisis despejan en cada caso eventuales situaciones inequitativas o contextos de sometimiento de sus víctimas, interesantes para el análisis teórico de las cuestiones de filosofía moral. En este sentido, el papel esclarecedor de las emociones negativas dejaría en un segundo plano la elección tradicional de estudiar las emociones (positivas) que son típicas del análisis neoaristotelista, que sobre todo remontan a los estudios de Martha Craven-Nussbaum⁷⁵. En la línea de la lógica informal, por su parte, del mismo modo se ha valorado el papel de las emociones airadas (“angry emotions”), a saber: la cólera, el resentimiento, la indignación, la envidia, en relación con la idea de hablar de “argumentos patéticos”, cuya razonabilidad se reivindica, a mi entender, con una sensibilidad histórica apreciable⁷⁶. Por su parte, de acuerdo a *La Retórica*, la calumnia se alimenta del odio y de la envidia que despierte su víctima en terceros, por lo cual quien agudizara la sospecha hasta ese punto sacaría provecho de esa conexión. Entre los lugares que exhiben quiénes

recepcion-tragica-y-retorica-y-su-debate-en-cuestiones-de-filosofia-politica/Chichi-%20Graciela%20M.pdf/view ISSN 2250-4494.>. Acceso em: jan. 2012.

⁷⁴ Así traduzco: “*‘Diabolé non est páthos, sed pertinet ad iudem ponendum en páthei’* MORETUS 1602, 192” (RAPP, 2002, p. 44). Lo de Moretus ayuda a entender la reciente idea de Dow, según la cual sería crucial desligar la acusación de las emociones, a fin de poder equipararlas en sus efectos irrelevantes (DOW, 2007, p. 388-390).

⁷⁵ Cf. SALLES, A. Reivindicando las emociones: contribución de la ética feminista. *Mora*, Buenos Aires, v. 8, p. 47-58, 2002, en particular p. 55.

⁷⁶ Cf. BRINTON, J. Appeal to the Angry Emotions. *Informal Logic*, Windsor, Ontario, v. 10, n. 2, p. 77-87, 1988.

pueden ser blanco de un acto injusto, se dice que los calumniados —entendiendo ahora— se conducen como si fueran objetos de odio o de envidia, dado que, como temen a los jueces, no habrían de tomar la iniciativa de defenderse, porque tampoco lograrían convencerlos⁷⁷. La palabra que sospecha de otro, en el sentido fuerte de levantar una calumnia cae, por cierto, en la órbita de lo injusto. Precisamente, los expedientes retóricos que ofrecen salidas a la calumnia parecen, sin embargo, de dudosa eficacia: el calumniado debe contar con la expectativa de que terceros le desean efectivamente males⁷⁸ o muerte⁷⁹. Y en el caso de que despertara en ellos envidia, sabría que disputa con ellos por el logro de bienes valiosos para todos. La envidia —sostiene Aristóteles— consiste en sentir pesar por el éxito del semejante⁸⁰, y ese éxito consiste en haber alcanzado los bienes que importan en la vida buena⁸¹. Precisamente por esto se compite con quienes son cercanos a nosotros, y por eso la envidia plantea rivalidad⁸². Ahora bien, aunque el calumniado pudiera esclarecer que se trató de algo inmerecido, el éxito de su defensa dependería recién de que el auditorio pudiese poner distancia de esas emociones, tanto como de tener claro sus propias causas, hasta el punto de ver que lo proferido por el otro no tenga por qué concernir con el punto de la cuestión, esto es, todo depende del hecho de reconocer que la sospecha toca cuestiones irrelevantes con el motivo de litigio⁸³.

⁷⁷ ARISTÓTELES. *Retórica*, I, 12, 1372b35-1373a1. Cito a propósito su comentario: “And those that have already been the subjects of hostile charges, suspicion, calumny (all included in *diabállein* ‘to set one man at variance with, or against, another’), and such as are especially exposed or liable to it (easily calumniated, &c.); for such as these have neither the will (to prosecute) from fear of the judges (who are prejudiced against them), nor are they able to persuade (the judges, for the same reason, if they brought this case before a court of law): and to this class belong all that are hated and envied”. COPE, E. M. *Commentary on Aristotle Rhetoric*. Cambridge: Cambridge U. P., 1887. En Línea en CRANE, Gregory (Ed.). *The Perseus Digital Library*. Medford: Tufts University, 1987-. Disponible en: <<http://www.perseus.tufts.edu/>>. Acceso en: 23 fev. 2010.

⁷⁸ ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 4, 382a8.

⁷⁹ ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 4, 382a15.

⁸⁰ ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 9, 1386b19-20.

⁸¹ ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 10, 1387b36-1388a6.

⁸² ARISTÓTELES. *Retórica*, 1388a12-16.

⁸³ RAPP (cf. 2002, p. 45) discrimina dos situaciones: una cuando el auditorio odia al difamado (ARISTÓTELES. *Retórica*, I, 1, 1354a7), y otra cuando la víctima y los oyentes odien al difamador (que sería la perspectiva de *Retórica*, II, 4, 1382).

Quedan los efectos de la acusación. La *diabolé* provoca enemistad, tal como la ira y el insulto (*epereasmós*)⁸⁴. La calumnia pertenece a quien dice lo malo del otro (*kakológous*), que alimenta el enojo. Aristóteles diferencia en este punto la actitud del hombre bueno, que sólo sabe de lo bueno de los otros y de sí mismo. Por encima de ambos hay casos de virtud moral superior: el magnánimo que estaría por encima de cualquier elogio o reproche, y no porque desee evitar la ofensa⁸⁵.

De lo dicho por las principales voces acerca del planteo aristotélico de las emociones, destaco primero que, entre los primeros estudiosos en lengua inglesa, Fortenbaugh admitió que la persuasión a través de los oyentes en el planteo original aristotélico no habría estado confinada al proemio y al epílogo, porque las emociones pueden ser excitadas y calmadas por argumentación razonada.

*Cuando un orador demostrara, por ejemplo, que cierto peligro fuese inminente, él estaría provocando miedo en el auditorio, y su razonamiento haría que éste concluyese que el peligro urge, por lo cual, los oyentes necesitarían encontrar entonces cómo permanecer a salvo. El miedo los hace ciertamente deliberar*⁸⁶. *Por lo tanto, no serían víctimas de alguna fuerza irracional que los hiciera actuar como lo hacen [...].*

Lo central del análisis (aristotélico) de las emociones —esgrime esa tesis— sería que hay cognición en la respuesta emocional, y por eso el tratamiento aristotélico vino a mostrar la conexión con la razón. Hasta entonces, esas apelaciones no habían sido más que encantamientos que envuelven a los oyentes⁸⁷ o que actúan como drogas sobre ellos, tal como pensaron Trasímaco y Gorgias⁸⁸.

⁸⁴ ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 4, 1382a2.

⁸⁵ ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 4, 1381b7-9. Cope recordó la referencia a PLATÓN. *Teeteto*, 173d y a ARISTÓTELES. *Ética a Nicómaco*, IV, 9, 1125a8.

⁸⁶ ARISTÓTELES. *Retórica*, II, 1383a6-7.

⁸⁷ PLATÓN. *Fedro*, 276c7-d1.

⁸⁸ Retomo el primer planteo de FORTENBAUGH, W. Aristotle's Rhetoric on Emotion. *Archiv für Geschichte der Philosophie*, Berlin/New York, v. 52, p. 40-70, 1970; sobre el miedo, cf. p. 62-63. Como dije, hoy día Dow rechaza la posición de Fortenbaugh en su línea, según la cual las emociones, y el placer y la pena que les siguen, son causadas por los pensamientos que ellas son, en la medida en que sus definiciones recogen el contenido relevante de la cuestión del miedo, del odio, etc. (DOW, 2008, p. 260 y siguientes). Resalto

IV

En las conclusiones rescato la mirada externa del propio autor. Cuando Aristóteles se jacta de haber sentado las bases acerca del argumentar sobre cualquier cuestión en el contexto de un diálogo bien pautado, y con ello me refiero al cierre de las lecciones de *Los Tópicos*⁸⁹, quedan bien sentados dos parámetros distintos, en función de los cuales se pondera lo que el propio autor habría llegado a ofrecer y aquello que habría quedado pendiente. Esas primeras lecciones, que esperan de sus oyentes adecuada paciencia para recibir los aportes en un terreno virgen pero también las inevitables lagunas de empresa semejante⁹⁰, fueron comparadas con una enseñanza que sólo había acumulado ejemplos y reglas de modo casual y sin criterio a la hora de servirse de ellos⁹¹. En relación al parámetro externo, en cambio, Aristóteles reconoce que los frutos en materia de retórica son fehacientes y superiores⁹²: sería positivo entonces el resultado de haber acumulado y aumentado materiales gracias a la dedicación de sucesivas figuras que el autor reconoce en el mismo campo⁹³. A ellos se les quiso atribuir luego el proceder de una casuística, porque a lo sumo sus cultores habían sólo logrado acumular preceptos y modelos⁹⁴. En el propio contexto de la

su defensa acerca del componente cognitivo necesario en las emociones aristotélicas: “When a man responds emotionally, he is not the victim of some automatic reflex. On the contrary, he is acting according to his judgment. When a man becomes angry, he takes revenge because he thinks himself insulted. He is prepared to explain and justify his action by referencia to an insult”. FORTENBAUGH, 1970, p. 61. La definición trae además la causa (1970, p. 54-58). Hoy día se reconoce que Aristóteles piensa que el saber cómo se despiertan las emociones, ante quiénes y cuándo surgen, instruye cómo despertarlas. “In comparison with the tricks of former rhetoricians, this method of arousing emotions has a striking advantage: The orator who wants to arouse emotions must not even speak outside the subject; it is sufficient to detect *aspects of a given subject that are causally connected with the intended emotion*.” RAPP, 2010, sección 5.b (destaco en cursiva lo que interesa).

⁸⁹ Cf. ARISTÓTELES. *Refutaciones Sofísticas*, 34, 183b1-2.

⁹⁰ ARISTÓTELES. *Refutaciones Sofísticas*, 34, 184b5-7.

⁹¹ ARISTÓTELES. *Refutaciones Sofísticas*, 183b35-184a8. Cf. CHICHI, G. M. Tradición y aporte de *Los Tópicos* de Aristóteles: análisis de su epílogo. *Synthesis*, La Plata, v. 2, p. 43-62, 1994.

⁹² ARISTÓTELES. *Refutaciones Sofísticas*, 183b25-26, 184b1-5.

⁹³ ARISTÓTELES. *Refutaciones Sofísticas*, 183b25-34.

⁹⁴ NAVARRE, 1900, p. 156-157 y KENNEDY. The earliest Rhetorical Handbooks. *American Journal of Philology*, Baltimore, v. 80, p. 169-178, 1959, cf. p. 171.

reflexión retórica, en cambio, la valoración no es tan positiva, como vimos al comienzo del presente estudio. Los antecesores habrían llegado a proveer materias accesorias, que Aristóteles atribuye a quienes enseñaron a dividir el discurso en partes y a asociar a ellas apelaciones emotivas. Aun hoy se admite que esas figuras revelaron saber de la psicología de la persuasión⁹⁵.

En lo que hace a la recepción aristotélica del tipo de acusación (más o menos fuerte) que he revisado hasta aquí, definiendo, en suma, que ese recurso ya se encontraba entre los medios corrientes para ganar el favor interesado (positivo o negativo) de quienes podrían haber tenido el papel de jueces mediante el recurso de que alguien pueda levantar una sospecha sobre la figura del adversario. La evidencia recorrida aporta las dos perspectivas de la cuestión: la perspectiva de influir sobre el auditorio en el contexto de un litigio legal –al comienzo del tratado– que toma el caso paradigmático de auditorio; mientras que la segunda perspectiva corresponde al planteo del libro tercero, con el tratamiento de la confrontación en caso de que uno de los rivales les tocara descargar la sospecha que el otro hubiese levantado. El proyecto de Aristóteles descalifica apelaciones semejantes a terceros, toda vez que ellas tocan cuestiones irrelevantes con el caso en disputa, a costa de lograr que el auditorio se forme una opinión negativa de la parte contraria en un litigio. Pero he subrayado aun el contexto polémico presente en el tratamiento de la *diabolé*, toda vez que se trata de apelar o de defenderse de una sospecha levantada frente a un adversario. En el caso de las famosas imputaciones a Sócrates y a Isócrates, sus respectivas defensas fracasaron. El proyecto de explicar y de describir la persuasión mediante recursos que atiendan al discurso pertinente demanda de los destinatarios de esas lecciones el compromiso de saber y de ser capaz de identificar lo ajeno al tema, en vistas de desactivarlo y de detenerse a atender –o a refutar, cuando correspondiere– las razones ofrecidas en relación con el caso⁹⁶.

⁹⁵ Sobre los antecedentes, también FORTENBAUGH, 1970, p. 63-64; sobre una valoración reciente, cf. LLOYD, G. E. R. La retórica en la Antigüedad griega y china. *Revista Iberoamericana de Argumentación*, Madrid, v. 1, p. 1-12, 2010. Disponible en: <<http://www.e-espacio.uned.es.8080/fedora/>>. Acceso en: 4 jan. 2011.

⁹⁶ Agradezco a Marina E. Fernández por haber mejorado el inglés de mi resumen. Hasta aquí, mis resultados acerca de las cuestiones relacionadas con los usos retóricos de la *diabolé*, llegué a redactarlos en el curso de dos proyectos más amplios, que contaron con subsidios estatales (de la UNLP y del CONICET, Argentina).

RESUMO

Os enfoques tradicionais da história da retórica clássica incluem em sua etapa sofística os aportes das figuras gregas que souberam dos efeitos dos apelos emotivos. Estudiosos dos testemunhos da prática oratória do século V a.C. defendem que em particular estes textos, quando exibem “a retórica do prejuízo contra o oponente” (*diabolé*), são mais estilizados e fecundos na hora de dizer o quê e como despertar hostilidade sobre o adversário, do que aquilo que trazem a respeito os tratados de retórica grega. O presente trabalho se ocupa do recurso que em grego se chamou *diabolé* e que Aristóteles apresenta com mais detalhe no livro terceiro de sua *Retórica*. Seu ponto de partida considera seu debate nos primeiros estudos sobre a retórica antiga editados no começo do século XX até os anos quarenta, os quais parecem haver ignorado os trabalhos de língua inglesa mais recentes sobre o tema, tal como indicam as notas do artigo com algum detalhe. A partir da segunda seção do trabalho, serão apontadas três linhas centrais do tratamento aristotélico, a fim de elucidar o valor e a originalidade dessa apresentação. No curso da análise, serão consideradas passagens pertinentes da *Retórica a Alexandre*, cuja edição inglesa equipara a noção grega de *diabolé* com a de prejuízo.

Palavras-chave: *Diabolé*. Suspeita. Emoções. Diálogo.

ABSTRACT

Traditional approaches to the history of classical rhetoric include in the sophistic era the contributions of those Greek thinkers who used to work on the effects of emotion-arousing techniques. Scholars who study the role played by those techniques in oratory in classical Greek texts (5th c. B.C.) claim that the latter in particular are more stylized and prolific when they display “the rhetoric of prejudice against the opponent” (*diabole*), about what to say and how to arouse hostility against the adversary than the treatises on Greek rhetoric. This paper deals with the resource known in Greek as *diabole* and that Aristotle presents in further detail in the third book of his *Rhetoric*. This paper takes as the starting point the debate in the first studies on ancient rhetoric edited from the beginning of the 20th century to the 1940s, which seem to have disregarded the most recent English works on the topic, as somehow detailed in the notes of the present article. As from the second section of the present paper, three central features of the

Aristotelic treatment will be stated with the aim to illuminate on the value and the originality of this presentation. In the course of our analysis, we will focus on some passages from the *Rhetoric to Alexander*, whose English translation equals the Greek notion of *diabole* to that of prejudice.

Key-words: *Diabole*. Suspicion. Emotions. Dialogue.